



En 1918, apareció la primera de las tres ediciones que hasta la fecha ha alcanzado *El árbol enfermo*, interesante novela de Carlos Gagini.

En su finca, cercana a la capital costarricense, vive don Ramón Montalvo, fuerte Roble añoso, a la par de su hija Margarita y de su hermana Virginia quien sustituye, en aquel hogar, a la dulce esposa desaparecida muy temprano.

Símbolo de la serenidad del dueño, crece en la finca un higuérón gigantesco, de tronco gris, estriado como lo son los gruesos pilares de las vetustas catedrales góticas.

Margarita, a quien la gracia natural y la ingenua coquetería no impiden ser impulsiva, nerviosa, con intermitentes nerviosidades, es la novia del abogado y dramaturgo Fernando Rodríguez, de temperamento reservado, de circunspección talvez exagerada que linda, en momentos, con una frialdad desesperante.

Junto a la pareja que, por las trazas, ha de ser feliz, un mozo rubio, inteligente, audaz, de pocas palabras y, en consecuencia, de mucha acción. Thomas Ward aprendió, allí en su tierra lejana, estar siempre listo para la lucha continua y, en ella y de ella, espera la victoria que sabe segura. No gusta de ensueños, no le es posible ansiar nada sino aquello que puede considere su propio esfuerzo y, con él, su poderosa voluntad.

Entre los dos hombres que la aman, cada uno a su manera, el uno con la inteligencia sutil y el otro con el sentimiento confiado, Margarita, la del amor desigual, la del tránsito poco difícil, de la risa loca a las lágrimas, pocas también, se siente indecisa.

Se ve atraída hacia Fernando. Encuentra seducciones desconocidas en el extranjero. En la duda, para decidirla, llega la intromisión de Fernando en la contienda política y el destierro inmerecido e inesperado.

Interviene en la acción una amiga de la Innoble familia de doña Urraca, la sutil tejedora de enredos amorosos, que si no es trotaconventos, conoce, del indigno mester, los métodos más eficaces.

Cae Margarita en los brazos, ávidos de goces sensuales del mozo rubio, de pocas palabras y de rápida acción.

El gigantesco higuérón de la finca muestra una herida profunda. El roble añoso de don Rafael, víctima inocente del drama de amores, ve paralizado su cuerpo, antes tan lleno de vida y de fuerzas.

Regresa Fernando. A los impulsos nobles de su generoso corazón latino, quiere volver la serenidad a aquel hogar deshecho, y lo logra, al saber a Margarita arrepentida. Ofrece su nombre a la desventurada con la condición de que han de vivir; ella, al lado de su padre, enfermo con el árbol y, él, allá lejos, en la capital de la Madre Patria.

Cae el árbol y con él muere el viejo hacendado. La estirpe de los caballeros castellanos no ha desaparecido. Fernando vuelve aliado de las dos indefensas mujeres, que tanto necesitan su protección.

Critica Gagini, en esta hermosa y bien escrita novela, una costumbre muy arraigada en las pequeñas sociedades como la nuestra. Cree imprudente el abrir, confiados, los brazos al extranjero que solicita nuestra amistad sin pruebas de que ha de saberla apreciar. Las mujeres se desviven por sugestionar al intruso. Lo logran, no hay duda, pero las seducidas, en el fondo, son ellas mismas.

Y tras el engaño, el abandono. Al final del sendero, nada florecido, el deshonor.

Los aventureros conocen ese detalle psicológico de algunas de nuestras mujeres. Saben desplegar ante ellas los señuelos clásicos del tenorio. Una labor de peligro, los toreros. Una actividad que despierta las vanidades, los tenores y los barítonos, los declamadores en prosa y en verso. Una lluvia de oro, más o menos densa, los comerciantes, los diplomáticos, los tahúres.

Y nuestro hombre no sabe hacer otra cosa que dejar libre el campo que necesitan esos tenorios de hogaño.

Se conforman, antes del hecho, con el ¡quién sabe! Delator de la pereza intelectual. Después del engaño, por miedo a las responsabilidades, se hacen a un lado amparándose a la cómoda solución de darle largas a todos los asuntos, aún a aquellos que, por su gravedad, no la aceptan.